

La muerte de Chávez, modelos de gobierno y fundamentos reales de la democracia

La reciente muerte de Chávez, presidente venezolano, se convierte en un revulsivo que aviva la discusión sobre su papel en la actual Venezuela y enlaza los enfrentamientos dialécticos entre defensores y detractores de su figura.

Chávez no ha sido nunca objeto de mi devoción. Más aun, lo veo como un personaje populista y algo marrullero, características que creo comparte con los integrantes del movimiento político que le ha dado soporte. Así pues el contenido de mi análisis no parte de posturas que guarden simpatías hacia su persona. Pero ello no puede impedir que sea objetivo con las realidades que pueden ser observadas.

Lo cierto es que la evolución social, económica y política de Venezuela (y salvando las muchas diferencias, ello sería extensible a buena parte del continente sudamericano) ha estado condicionada por varios factores que han impedido un desarrollo democrático al estilo europeo, y uno de los fundamentales ha sido la supeditación de los intereses nacionales a los correspondientes del capital y empresariado norteamericano, algo que se ha traducido en la permanente fiscalización política ejercida por el gobierno estadounidense, bien por vía diplomática o bien por acciones violentas encubiertas, cuando se ha considerado necesario, lo que ha impedido su independencia real.

Ello ha motivado que durante el periodo democrático anterior a las elecciones que otorgaron el poder al chavismo, la evolución económica del país no haya convergido al modelo de la denominada "economía del bienestar", y ello pese a los enormes recursos con que cuenta Venezuela. Una estructura sociopolítica basada en el clientelismo, junto con una corrupción generalizada y una permanente inseguridad jurídica, provocaron la existencia de un creciente abismo entre las clases medias acomodadas y altas por un lado, y las clases populares por otro. Y ello hasta tal punto que las diferencias en condiciones económico-sociales fueron enormemente excesivas.

No quiero decir que todo este anterior periodo fuera un proceso homogéneo. Rara vez se da el caso, especialmente cuando abarca un periodo de cuarenta años. Lógicamente, la evolución económica

externa condiciona la propia, aminorando o acentuando los desequilibrios internos.

El hecho es que la llegada de Hugo Chávez al poder (y sobre todo la permanencia) no es más que la consecuencia de los efectos de las políticas anteriores, concretamente de los desequilibrios económicos y sociales, y las injusticias que conllevan.

¿Quiere eso decir que la política ejercida por el gobierno chavista ha sido totalmente acertada? Ni mucho menos. Se han cometido muchos errores, y se podría haber avanzado mucho más en el sendero de un modelo socialista. Pero no se puede negar lo realizado. Y precisamente de esos hechos constatables es de donde nace el apoyo popular obtenido.

Sus opositores, colectivo que engloba desde sectores socialdemócratas dispuestos a hacer el trabajo sucio del capital hasta la Iglesia Católica, le han acusado de múltiples cosas, algunas ciertas y otras no. Que el chavismo haya cedido a la tentación de la manipulación informativa es constatable. La propia muerte de Chávez está empañada por ello. Recurrir a supuestas teorías sobre un proceso cancerígeno inducido, o hacerse eco, como hizo el propio Chávez, de la supuesta implicación de los EE.UU. en la ocurrencia de terremotos mediante su inducción a través del HAARP, son claros ejemplos de lo que no se debería hacer. Pero lo cierto es que tales prácticas no difieren de las utilizadas por la oposición, con lo que su crítica a las mismas es más que cuestionable.

Otro de los argumentos argüidos es la calificación de dictadura a la práctica gubernamental de Chávez, algo que es en realidad insostenible. Cierto es que en 1992 encabezó un intento de golpe, pero su llegada al poder en 1999 es fruto directo del resultado de las urnas. Y su permanencia en tal cargo es refrendada electoralmente.

Será la oposición, en primera instancia, la beneficiaria del intento de golpe contra Chávez del año 2002, que cuenta con el apoyo de la federación de empresarios (Fedecámaras), la Confederación de Trabajadores de Venezuela (un sindicato que en el periodo anterior perdió toda su carga reivindicativa original para convertirse en una burocracia corrupta encargada de frenar las reivindicaciones obreras) y la Iglesia Católica.

La insistencia en catalogar el gobierno chavista de dictadura entra en contradicción con hechos constatables y constatados. Es cierto que el

gobierno venezolano potenció medios de comunicación afines, especialmente a raíz de la campaña que, con posterioridad al golpe planteado contra Chávez y después de que este recuperara el poder, se desencadenó, en la que todas las emisoras de televisión privadas suspendieron la programación habitual para dar información política alineada con las tesis de la oposición. Pero la propia existencia de dicha campaña resulta inconcebible en una dictadura.

Asimismo resulta contradictoria la afirmación cuando en las elecciones realizadas, la victoria del chavismo se consigue por porcentajes de entre el 55% y el 62%, no del 95% como suele ser habitual en las dictaduras. O el hecho de que Chávez perdiera el referéndum de propuesta de reforma constitucional de 2007 ¿Desde cuándo una dictadura pierde un referéndum?

El problema de fondo es la propia concepción de democracia, y cuáles son las prioridades que deben primar para que la forma de gobierno sea así calificada.

Cuando usamos la palabra democracia, rara vez todos coincidimos en la interpretación del concepto subyacente en ella. El propio origen de la misma resulta corresponder a una definición distinta de la que hoy generalmente se le asigna. Para la antigua Atenas, el derecho a voto se limitaba a los varones adultos que fuesen ciudadanos y atenienses, y que hubiesen terminado su entrenamiento militar. En formas democráticas posteriores y cercanas a nuestros tiempos, se requería ser varón y tener propiedades. Ambos ejemplos entran en clara contradicción con el concepto de democracia más extendido hoy.

Pero hay más. ¿Debemos considerar democracia a todo sistema que respete las cuestiones formales? En los países de nuestro entorno se sobreentiende que la democracia está asentada. Cada periodo de tiempo (en nuestro caso cada cuatro años) expresamos nuestra participación política mediante el consiguiente voto ¿Es ello garantía de democracia? Me permito cuestionarlo.

¿Qué es más democrático: el modelo político que garantiza la justicia social, aunque para ello debe limitar ciertos derechos individuales, o por el contrario aquel que antepone la libertad individual, aunque ello conlleve el acrecentamiento de la miseria, la pobreza y las desigualdades? Esta última opción es la que hoy vivimos en nuestras carnes, donde el sacrosanto derecho de la propiedad es prioritario frente a las necesidades de buena parte de la ciudadanía, y el poder

real está en manos del capital financiero, digan lo que digan las urnas. Y ello conlleva otra pregunta ¿Puede, quien se ve abocado a la exclusión, sentirse representado por este sistema supuestamente democrático y ser un firme defensor del mismo?

Sin pretender, ni mucho menos, que el modelo venezolano pueda ser considerado un ejemplo a seguir, lo cierto es que las dudas antes expuestas le son claramente aplicables. Quienes consideran que sus derechos económicos se han visto recortados por las políticas seguidas, cuestionan la validez democrática del gobierno que las promueve. No se dan cuenta que los desequilibrios generados por la situación anterior (aquella que antepone la libertad económica a cualquier otra consideración) ponen en cuestión dicho modelo de sociedad, y la llevan hasta el peligroso límite de su desintegración.

El ejemplo de Venezuela es la más evidente demostración de que es necesario redefinir el concepto de democracia. Votar cada cuatro años no es suficiente.